

A NIVEL EUROPEO

Tengo que reconocer que la frase me molesta, como me molestan la mayoría de los «slogans» publicitarios, por acertados que sean. Evidentemente, el «a nivel europeo» no es ningún «slogan», aunque a menudo lo parezca en la boca de algunos. Más bien se trata de un deseo, una aspiración, una meta más o menos definida de progreso. Se diría que con el «a nivel europeo» pretendemos borrar aquello de que África comienza con los Pirineos, e incorporarnos al ritmo de confort y pluralismo cultural, imperante ya en las grandes naciones europeas. Sin embargo, la frase es de una amargüedad desazonadora y, frecuentemente, de un papanatismo desolador.

Tras muchos años de ausencia, al fin me ha sido dado pasar unas fiestas navideñas en Valladolid. Un Valladolid desconocido para mí en la gran mayoría de sus dimensiones humanas, y en el que casi puedo decir que me pierdo.

—¿Y qué le parece nuestro Valladolid 1969?

—Pues mire usted —y perdóne mi franqueza—. En Valladolid me parece que hay demasiadas cafeterías. Digo demasiadas cafeterías, como podría decir demasiados bares o demasiadas «boites». Le añado a usted inmediatamente que no tengo nada contra las cafeterías, muchas de ellas preciosas. Pero, ya ve usted, yo creo que en esto estamos a nivel español, y no a nivel europeo. No me pregunte usted si para bien o para mal, pues me parece una pregunta mal planteada. Yo me conformo con decirle a usted que, a mis ojos «extranjeros», el espectáculo de tantas cafeterías, llenas a rebosar a cualquier hora del día, es algo inusitado.

—¿Y eso es todo cuanto se le ocurre decir de nuestro Valladolid?

—Hombre, no. He observado, por ejemplo, que en Valladolid se viste extraordinariamente bien. No quiero exagerar, pero creo que le será a usted difícil encontrar una ciudad europea donde la gente vista con tanto gusto y elegancia. O donde —y le señalo otro rasgo que me ha llamado la atención— usted pueda encontrar tanta amabilidad en los comercios. Amabilidad auténtica, se entiende. Sin familiaridades, que ya sería una pequeña salida de tono. Pero con una cordial servicialidad. En eso, vea usted, no estamos a nivel europeo. Estamos muy por encima del nivel de Europa. ¿Vamos a perder una característica tan estupenda, en nuestro afán nivelador?

Vuelvo a mi tema, porque me parece importante. ¿Qué significa «a nivel europeo»? ¿La producción en nuestra patria de toda la pornografía impresa y cinematográfica que circula por esos mundos de Dios? Estemos tranquilos, en esto ya estamos prácticamente a nivel europeo. ¿Qué orgullo! Nuestro desnudos —corporales y espirituales, que son todavía peores— no tienen mucho que envidiar a los que se exhiben en Alemania, Italia o Francia. Hemos borrado nuestro pueblerino puritanismo, de acuerdo. Pero, ¿no es verdad que se nos ha ido la mano? Seamos sinceros, ¿es que merecía la pena ponerse a nivel europeo en este aspecto?

El «a nivel europeo», como los calificativos de «el más grande de Europa», «el más moderno del mundo», etc., son calificativos absurdos, buenos sólo para una propaganda demasiado interesada en tapar otros huecos. Absurdos, porque denotan una

escala de valores francamente pobre. El ideal no es nunca ponerse a la altura de los más desarrollados así, sin más, pues todos sabemos que el desarrollo concebido «a la europea» tiene sus facetas lamentables. Lo importante es encontrar la propia dinámica del progreso, una honrada madurez social que arranque de un examen sincero de los propios defectos. En esto, por desdicha, nos queda todavía un inmenso camino por recorrer. Pero este camino no se puede limitar a una simple búsqueda del «a nivel europeo». Hay que cribar más los objetivos y afinar a la hora de realizarlos.

Ni lo europeo por un afán mimetista, ni lo español por un patriotismo estúpido. Sencillamente, buscar nuestro camino, lo que supone gran humildad en la asimilación, y una alegre sencillez en lo propio; en lo peculiar.

IGNACIO MARTIN-BARO

Diario Regional
8 - Enero - 1969